

RECENSIONES

GRANJA SAINZ, José Luis de la (coord.): *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores. Catálogo de la exposición biográfica y bibliográfica*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco - Casa de Velázquez. Bilbao. 1994, 167 pp.

El origen de la exposición «Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores» y del presente Catálogo está en el libro titulado *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra*, coordinado por los profesores José Luis de la Granja Sainz y Alberto Reig Tapia', y editado en 1993.

Tuñón de Lara, excepcional maestro de historiadores, nos ofrece una biografía espectacular al haber sido testigo privilegiado y a menudo protagonista de momentos estelares de la Historia de España desde los años treinta hasta la actualidad. Su vida es, antes que nada, un testimonio fiel y constante de lucha por la cultura, la libertad y la democracia. Su obra es además de lectura imprescindible para conocer y comprender la Historia Contemporánea de España. Por todo ello merecía la pena reconstruir su rica trayectoria vital e intelectual.

Se ha dividido en seis etapas: el estudiante antifascista en la II República, el joven comprometido políticamente en la Guerra Civil, el derrotado que lucha por la existencia en la triste posguerra, el intelectual antifascista exilado en París, el historiador maduro y prestigioso en la Universidad de Pau, y el profesor, ya consagrado, recuperado plenamente para la Universidad española con su incorporación a la del País Vasco.

Una existencia plagada de compromisos. En 1932 –con 16 años– ingresa en las Juventudes Comunistas; en 1934 participa en la fundación de la Unión de Estudiantes Antifascistas, y en 1935 es designado secretario general de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos.

Durante la guerra queda vinculado a tareas organizativas, culturales y de enseñanza, destacando como profesor en la Escuela de Cuadros de las Juventudes Socialistas Unificadas, de la cual fue nombrado director en diciembre de 1937.

Tras el triunfo rebelde mantendrá –a través de la Unión de Intelectuales Libres, erigida a finales de 1944– una actividad política de resistencia al régimen dictatorial de Franco, hasta que en 1946 la persecución policial le fuerce a abandonar España.

Residirá en París durante 19 años, encuadrándose en la Unión de Intelectuales



Españoles en Francia, de la cual llegó a ser secretario general adjunto. En ningún momento, a pesar de su obligado distanciamiento del PCE, romperá sus compromisos con la oposición del exilio y del interior.

Las duras condiciones de trasterrado le llevarán al periodismo. Escribirá con asiduidad en francés para *Cahier Internationaux*, *La Tribune des Nations*, *Horizon* y *Esprit*. También lo hará en castellano para la revista *Ibérica*, editada en Nueva York por la dirigente republicana Victoria Kent. Aquí, bajo el seudónimo de Telmo Lorenzo, remitirá crónicas a cuyo interés periodístico cabe sumar hoy su carácter de fuente documental.

Por entonces tomará cuerpo su latente vocación por la Historia, sacrificada en aras de la carrera de Derecho. En tal decantación desempeñará un papel crucial Pierre Vilar, al que conoció en 1951. A instancias suyas se inscribirá en la Ecole Pratique des Hautes Etudes, en la célebre VI Sección dirigida por Fernand Braudel. Enriquecerá esta orientación cursando en La Sorbona algunas materias de Historia y Literatura. En 1953, con la lectura de una tesina sobre los movimientos obreros en Cataluña, obtendrá el diploma de Historia Económica y Social.

En 1956 publicó *Espagne*, su primera introducción histórica. Desde entonces, no es preciso insistir, ha generado una gran obra centrada en nuestro país, convirtiéndose en uno de los investigadores que más ha contribuido a esclarecer el conjunto de la contemporaneidad española.

En septiembre de 1965 ingresará como profesor de Historia y Literatura españolas en el colegio universitario de Pau. Los 16 años que allí permanece constituyen el período más fecundo de su vida en cuanto a creatividad intelectual. Sabrá crear escuela, gracias, sobre todo, a los famosos Coloquios que dirige en la década de 1970, que alientan –como se sabe– el deseo de hacer historia diferente de la que predominaba en el franquismo. De aquella experiencia parte, sin duda, la profunda renovación de la historiografía española contemporánea.

Tal labor será continuada tras el retorno a su patria, coordinando unos nuevos Coloquios de Historia Contemporánea de España. Es, por tanto, el científico social que más ha promovido la conveniencia del trabajo en equipo y la necesidad del intercambio interdisciplinar.

A pesar de los años cumplidos dará muestras de un vitalismo extraordinario. acudiendo a cuantos compromisos le reclaman desde las más diversas esferas. En 1983 será nombrado catedrático de la Universidad del País Vasco, en 1987 profesor emérito, y desde 1988 conducirá una de las revistas más prestigiosas de la especialidad: *Historia Contemporánea*.

Semejante ejecutoria es documentalmente analizada por José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia, María Luisa Calaá, M^a Fernanda Mancebo y Alicia Alted. Se incluyen además entrañables semblanzas que nos acercan al hombre, como las de Eduardo Haro Tecglen y testimonios personales como el de Raúl Morodo. En la misma línea cabe situar el paralelismo entre las vidas y las obras de Max Aub y Tuñón, abordado por el profesor de la Granja.



La dimensión de profesor –vinculando docencia e investigación– es puesta de manifiesto por Jean-Michel Desvois, Jean-François Botrel y Paul Aubert. Como señala el primero «... sin saberlo, a través de él, recibíamos lo mejor de la escuela de *Anales* y del materialismo histórico en lo científico, y de la Institución Libre de Enseñanza en lo pedagógico...».

Se estudia finalmente –Alberto Reig Tapia– su faceta de asesor y coguionista en dos series de televisión: *Memoria de España, medio siglo de crisis (1896-1936)* y *España en guerra, 1936-1939*, que intentó enlodar el catedrático de Historia –sin ser Doctor en Historia ni en áreas afines!– Ricardo de la Cierva.

Profusamente ilustrada, incluye una *addenda* a la bibliografía de Tunón, que completa, corrige y actualiza la publicada en el anterior libro homenaje. En definitiva, una monografía esencial para conocer la vida y la obra de este indiscutible –pese a quien pese– *maestro de historiadores*.

Pedro María Egea Bruno

AGIRREAZKUENAGA, J.; BEASKOETXEA, J. M.^º; GRACIA, J.; MARTÍNEZ, F.; MIEZA, R.; MORALES, J. A.; PÉREZ, J.; SERRANO, S.; URQUIJO, J. R.; URQUIJO, M.; VALVERDE, L.: *Diccionario biográfico de los Diputados generales, burócratas y patricios de Bizkaia (1800-1876)*. Juntas Generales de Bizkaia. Bilbao. 1995, 578 pp.

En 1993 el grupo de investigación de la Universidad del País Vasco coordinado por J. Agirreazkuenaga, catedrático de Historia Contemporánea en la expresada Universidad, publicó un excelente y sólido *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1808-1876)*, recensionado en estas páginas (*Anales de Historia Contemporánea*, 10, p. 591), resultado inicial de un vasto proyecto investigador encaminado a estudiar en profundidad, sobre fuentes nuevas y coordinadas metodológicas innovadoras, cuanto se refiere a las estructuras político-sociales vascas en el marco del naciente liberalismo español.

El volumen ahora recensionado, centrado en los diputados generales, burócratas y patriciado vizcaíno, representa el necesario complemento al precedente, al tiempo que una destacable contribución a la historia social del poder en el ámbito de Vizcaya y de sus Juntas Generales en cuanto a contenidos, pero también metodológicamente considerada. Como refieren J. Agirreazkuenaga y M. Urquijo en la introducción a la obra, las microbiografías que la componen «... se insertan en los grandes debates y problemas que se suceden en Bizkaia durante la crisis del Antiguo Régimen y la construcción del Estado liberal español». Y por tanto no se trata de meras biografías desconexas entre sí o con escasa proyección más allá de los datos biográficos aportados



(por lo demás valiosos en sí mismo considerados), sino auténticas construcciones microhistóricas, en las que son ofrecidas claves interpretativas de tiempos y sucesos más amplios, pero desde la perspectiva de sus protagonistas, activos o pasivos.

Como en el caso del precedente *Diccionario* de parlamentarios vascos en las Cortes españolas, el ahora presentado constituye un impresionante y utilísimo repertorio de biografías, que, con frecuencia, por su extensión, y por lo novedoso y profundo del tratamiento, suelen constituir auténticas contribuciones monográficas en cuanto a contenidos y enfoque, impresión confirmada por el sólido aparato de fuentes inéditas, impresas, bibliográficas e incluso iconográficas, que acompañan a cada uno de los artículos.

Una clarificadora introducción de los aspectos conceptuales y criterios metodológicos seguidos constituye el adecuado pórtico a este grueso volumen. Su manejo es simplificado por sendos índices de personajes biografiados y de «padres de provincia», seguidos de otros de Juntas Generales, cronológico y de abreviaturas, así como de fuentes y bibliografía, fuentes iconográficas, onomástico y toponímico. Imposible pedir más.

No cabe duda de que nos hallamos ante un instrumento de trabajo de preceptiva consulta para quienes en el futuro trabajen sobre el régimen foral de Vizcaya. También para cuantos se interesen por la politología e historia socio-económica del País Vasco y de España en general, en el primero y segundo tercio del siglo XIX, marco cronológico de un importante, aunque no siempre logrado, esfuerzo de modernización dentro y fuera de la actual Euskadi.

Juan Bta. Vilar

SÁNCHEZ GARCÍA, José Luis: *La Sociedad Económica de Amigos del País de Palencia. Las elites entre el crédito y el descrédito (SS. XVIII-XIX)*. Diputación Provincial. Palencia 1993, 281 pp.

Esta obra, galardonada en 1991 con el Premio de Investigación Histórica «Ramón Carande» de la Diputación Provincial de Palencia, es una aportación muy valiosa a la historiografía de las Sociedades Económicas en general, y de la palentina en particular. Uno de sus mayores méritos consiste en haber logrado recrear la historia de una institución que perdió todo su archivo cuando desapareció de forma abrupta en el verano de 1936. El autor ha suplido esta laguna con la búsqueda paciente y tenaz de las noticias dispersas en otros archivos (el Municipal y el Catedralicio de Palencia, y el de la Sociedad Económica Matritense, entre otros), con fuentes hemerográficas y otros documentos particulares. El resultado ha sido asombroso; algo así como un buen retrato de mosaico, compuesto con piedrecitas de diverso origen. El autor nos confiesa que su mayor satisfacción ha sido «la reconstrucción misma de la entidad después de una paciente investigación, aislada y contra toda perspectiva feliz» (p. 16). Efectivamente.



Este es un trabajo que puede servir de modelo para otras reconstrucciones históricas similares, en las que la pérdida de la masa documental propia puede suplirse con las noticias dispersas en fuentes paralelas.

La distribución del libro se realiza en tres partes desiguales en su extensión, aunque ajustadas a la realidad histórica de la Sociedad Económica palentina.

La primera parte es breve (pp. 19-32). Es una densa introducción, en la que se expone la trayectoria de las Sociedades Económicas en general, en seis etapas sucesivas, y una periodización de la Sociedad Económica de Palencia, que se distribuye, a su vez, en ocho etapas, claramente diferenciadas por sus peculiares características: fundación y establecimiento (1794-1808), reconstrucción (1817-1823), repliegue (1824-1833), reaparición (1834-1876), prerregional (1877-1900), regional (1901-1923), repliegue (1924-1930), y regionalista (1931-183G). La descripción de este entramado histórico fundamental ofrece desde el principio un punto de referencia básico para situar en él debidamente las ulteriores variaciones y actividades de la institución. Al mismo tiempo, el esquema cronológico sirve para constatar que en Palencia, como en otras ciudades, la Económica, aunque fundada en el XVIII, se desarrolla de hecho en los siglos XIX y XX, y encuentra sus mayores alicientes en los períodos más liberales y democráticos, y sus mayores dificultades en los regímenes autoritarios (década absolutista y dictadura primorriverista).

La segunda parte se ocupa de la Sociedad Económica de Palencia en el siglo XVIII (pp. 33-40). También aquí la brevedad está justificada por la precariedad de una historia, que, en este caso, se reduce a veinte años de tentativas frustradas para lograr la instalación. En 1794 se consiguió al fin la aprobación del Consejo Real para la formación de los estatutos, que fueron aprobados por real cédula de Carlos IV el 20 de junio de 1796. A pesar de todo, la entidad nació muerta, y no llegó a funcionar, pues el intento de darle vida en 1807 quedó interrumpido con la guerra de la Independencia.

La tercera parte del libro, dedicada a los siglos XIX y XX es la más extensa y constituye el meollo de la obra (pp. 41-235). Consta de dos largos capítulos, uno dedicado a la organización y funcionamiento de la Sociedad, es decir, a su estructura interna (socios, comisiones, juntas y sesiones, secciones y financiación), y otro a las actividades socioeconómicas y culturales, es decir, a su difusión hacia el exterior, a través de sus realizaciones, empresas y proyectos.

El contenido de estos capítulos es muy rico en datos personales y socioeconómicos. Merece destacarse el análisis que el autor dedica a la tipología de los socios. Eran éstos de diversas clases (honorarios, de número, corresponsales y de mérito). Los socios de número eran los que daban peso y carácter a la Sociedad, sobre todo los directores, que eran figuras muy destacadas en la vida económica local. La orientación sociológica de los socios se mantuvo constante: fueron siempre un círculo elitista. Pero su distribución por sectores profesionales fue variando. A partir de 1835 el predominio del clero fue sustituido por una burguesía de propietarios, administrativos, hombres de carrera y empresarios: comerciantes, harineros y dueños de fábricas, gentes todas de posición económica desahogada, que formaron el bloque decisivo. El análisis de las tendencias



políticas de los socios no es tan sencillo. Los dirigentes mostraron identidad de ideales con los innovadores políticos (la Sociedad Patriótica de 1820, la Junta Revolucionaria de 1868, o los líderes de la II República) pero en todas las épocas los socios pertenecían a las diversas tendencias políticas. En la Sociedad palentina figuraron siempre los destacados políticos de turno, y diputados y senadores como Esteban Collantes, Orense, G. Gamazo y sobre todo Abilio Calderón, que propició planes económicos en beneficio de su partido conservador. Hubo, en la Sociedad Económica de Palencia, tendencias políticas diversificadas, pluralismo y tolerancia; lo que no impedía que existieran círculos afines dentro de ella. Con aquellos hombres funcionaba la institución, a través de los directores, las comisiones, juntas y sesiones. Los datos que se ofrecen sobre la financiación de la Sociedad son muy interesantes. Se estudian y comentan todos los recursos, ordinarios y extraordinarios, que, al igual que los de otras sociedades similares, resultaban siempre insuficientes para la ejecución de los proyectos.

El capítulo dedicado a la actividad socioeconómica y cultural constituye una aportación enjundiosa para el conocimiento de temas fundamentales de la historia interna de Palencia. Estos temas se desarrollan en cinco apartados: instrucción y enseñanza, beneficencia, higiene y sanidad, iniciativas económicas, inquietudes culturales. En cada uno de estos apartados se hace un planteamiento histórico muy completo, que parte de las situaciones precedentes como punto de arranque para comprender las innovaciones que la Sociedad realizaba o proyectaba en los diversos campos. La Sociedad se ocupó en promover la educación de la mujer, la academia de dibujo (que se consideraba esencial para las artes y oficios), la cátedra de Matemáticas y la enseñanza de idiomas. Ideó incluso una cátedra de Agricultura que no llegó a establecerse. La acción educativa de la Sociedad «no fue pionera, pero sí decisiva para la normalización de las enseñanzas innovadoras» (p.102). Tal vez puede decirse lo mismo de las mejoras realizadas en el campo de la beneficencia, a caballo entre la caridad y la justicia distributiva. También aquí el autor ofrece un apretado resumen de la situación de la beneficencia en Palencia, en sus tres modalidades: asistencial, de previsión y personal; y destaca la fundación del Instituto Palentino de Ciencias Médicas en 1843, primera hijuela de la Sociedad. Las iniciativas económicas fueron múltiples, aunque -como bien indica el mismo título de este epígrafe- se trató más de iniciativas que de realidades, pues «fueron más programáticas y gesticulares que concretas y efectivas» (p. 186). Se trataba de reformas de la agricultura, fomento de la industria, exposiciones, comunicaciones y transportes.

Las inquietudes culturales, por último, suscitaron el interés de la asociación por la fundación y dotación de una biblioteca, la difusión del sentimiento regionalista y la atención a las cuestiones artísticas. Los certámenes literarios de 1887 y 1889 y los Juegos Florales organizados en el siglo XX fueron citas estimulantes para composiciones literarias que a veces mostraban ribetes de sano regionalismo. La creación más fecunda de la Sociedad en el campo cultural fue la fundación, en 1876, del Ateneo Palentino, que pasó de una sección filial a un órgano independiente. Fue el Ateneo la plataforma cultural de la Sociedad Económica, y un foro de conferencias que puso a los palentinos al corriente de las novedades científicas y culturales del momento.



El subtítulo del libro «las elites entre el crédito y el descrédito» intenta seguramente condensar en esa fórmula lo que fue la historia de la Sociedad Económica de Palencia. Sus componentes eran, ciertamente, las elites, miembros destacados de la burguesía que dominaba la provincia. El crédito y el descrédito entre los que se bandearon aquellas elites aluden, sin duda, a las grandes distancias que a menudo hubo entre el dicho y el hecho, entre la grandeza de los proyectos y la modestia de las realizaciones. En la obra se constatan con frecuencia los planes frustrados, los logros a medias, los sueños que no llegaron a hacerse realidad. La Sociedad Económica palentina no fue en esto una excepción, comparada con las demás. Sin embargo, el mero hecho de plantearse los problemas de una provincia y hacer el catálogo de sus necesidades y la diagnosis de sus carencias suponía ya un avance muy positivo.

El autor ha sabido valorar con gran objetividad los méritos y limitaciones de la Sociedad Económica de Amigos del País de Palencia, y ha escrito su historia con método, documentación, garbo literario e independencia de criterio. A estos méritos debe añadirse la pulcra edición del libro, las ilustraciones y grabados con emblemas, diplomas, personajes y otros detalles curiosos. Abundan los cuadros estadísticos, los gráficos y organigramas, los recuadros con textos, programas, ciclos de conferencias, equipos dirigentes etc. En los apéndices se publican los estatutos de 1796 y 1923 y las listas alfabéticas de los socios en diversas épocas. Al igual que otras obras galardonadas anteriormente con el Premio «Ramón Carande» este libro de José Luis Sánchez sobre la Sociedad Económica de Amigos del País de Palencia es un trabajo histórico de gran calidad. Es una obra imprescindible para el conocimiento de la historia económica y cultural de la vieja ciudad castellana en la época contemporánea, en la que, bajo una apariencia de sosiego y conformismo, palpitaban inquietudes abiertas a la modernidad y el progreso.

Manuel Revuelta González

FERRER BENIMELI, José A.: *La expulsión y extinción de los jesuitas según la correspondencia diplomática francesa. Tomo I: 1766-1770.* Universidad Católica de Táchira. San Cristóbal. 1993, 130 p. *Tomo II. Córcega y Paraguay.* Universidad de Zaragoza. Universidad Católica de Táchira. San Cristóbal, 1996, 352 ps.

Lejos de ser un tema aparcado, la expulsión y extinción de los jesuitas sigue atrayendo el interés de los historiadores. En el tomo I de esta obra se estudian los motines contra Esquilache, los primeros pasos diplomáticos para la extinción de la Compañía, la exigencia de la abolición como condición para la reconciliación de la casa de Borbón con el Papa, el conclave de 1769, que eligió a Clemente XIV, en relación con los jesuitas, y las promesas del nuevo Papa al comienzo de su pontificado. La aportación fundamental de este tomo consiste en el estudio de estos temas a partir de la correspondencia



diplomática de la embajada francesa en España, entre Choiseul y el embajador d'Ossun. Es una correspondencia clave y fundamental, que permite contemplar el drama de los jesuitas españoles desde nuevas perspectivas. El servilismo del Papa Ganganelli a los deseos de Carlos III se constata de manera patente en la documentación francesa.

El tomo II de la obra merece una atención especial, porque completa el tema de la expulsión de los jesuitas españoles, situándolo en los escenarios de Córcega y América, y ofreciendo datos nuevos de extraordinario interés. Ferrer Benimeli ha reunido en este segundo tomo tres importantes estudios sobre la expulsión de los jesuitas. Como todos sus trabajos, este libro se basa en una excelente documentación. El autor ha consultado fondos del Archivo Histórico Nacional, Archivo General de Simancas, Embajada Española en Roma, Provincia de Toledo S. J. de Alcalá, y sobre todo los Archivos Diplomáticos de París. Esta documentación se ha completado con algunos diarios y relatos de los jesuitas expulsos y con otras fuentes y bibliografía...

En la primera parte del libro, «Córcega y los jesuitas españoles expulsos 1767-1768», la investigación se apoya principalmente en la correspondencia diplomática francesa antes aludida, y en otros despachos diplomáticos de los embajadores y agentes españoles en París, Roma y Génova. La importancia de los despachos del embajador francés en el asunto de los jesuitas expulsos es fácil de comprender, si se tiene en cuenta que la isla de Córcega iba a ser el primer destino o presidio de los desterrados. En 1767 Córcega estaba bajo la soberanía de Génova; pero en el interior dominaban los insurrectos mandados por el general corso Paoli, mientras las ciudades de la costa se sostenían gracias a la intervención de tropas francesas dirigidas por el general Marbeuf. Se explica, pues, que un asunto de tanta importancia como la colocación de 5.000 jesuitas (3.000 de España y 2.000 de América) suscitara una acción diplomática a tres bandas, entre Madrid, Roma y Génova. Al cabo, la soberanía genovesa sobre Córcega dará paso a la soberanía francesa, reconocida en el tratado de Compiègne (15 de marzo de 1768).

La navegación, desembarco y establecimiento de los jesuitas expulsos en Córcega es uno de los episodios más dolorosos y peor conocidos de aquella tragedia. Es la historia de la primera etapa del exilio, un tiempo intermedio, desde la salida de las costas españolas o americanas hasta el asentamiento definitivo en los Estados Pontificios. Un tiempo intermedio que venía marcado por dos negativas, la del rey Carlos III y la del papa Clemente XIII. El rey expulsó a los jesuitas de los dominios españoles, y el Papa les cerró las puertas de los Estados Pontificios. Su negativa al desembarco de los expulsos era un rechazo a la política del rey, pero fueron los jesuitas los que la padecieron con su confinamiento en la isla de Córcega, que se convirtió para ellos en un verdadero campo de refugiados.

El tejido histórico que Ferrer hace es fundamentalmente narrativo. Con unas piezas documentales perfectamente enhebradas logra una reconstrucción minuciosa de los hechos. La narración fluye seguida, sin división en capítulos, al ritmo que marca la cronología. Se lee con sumo interés. Los hechos hablan por sí mismos, y los protagonistas cuentan lo que ven, lo que sufren y lo que sienten. Entre los episodios más pintorescos se destaca el embarque de los jesuitas de las cuatro Provincias españolas en los puertos designados (Ferrol, Puerto de Santa María, Cartagena y Salou), y la penosa navegación de



los cuatro convoyes, con detalles de costumbrismo negro sobre la vida a bordo. Luego viene el golpe sobre la herida: la negativa del Papa a recibir a los desterrados y el tremendo desengaño que aquel rechazo les produjo, como se refleja en el comentario que hace el P. Luengo en su diario.

Se estudian a continuación las negociaciones diplomáticas con Francia, que fueron largas y lentas; agravadas con las negativas de Génova, y la oposición del general Marbeuf a que los jesuitas se instalaran en unas plazas ocupadas por soldados franceses (mayo-junio de 1767). Mientras los diplomáticos discuten, los jesuitas permanecen en los barcos en situación límite. Por fin, entre julio y septiembre de 1767, logran desembarcar en un país en guerra, donde había dificultades para encontrar víveres. Se establecieron, según las Provincias, en ciudades costeras: los de Andalucía en Calvi, los de Castilla en Algayola, los de Toledo en Ajaccio y los de Aragón en San Bonifacio. Cuando estaban mal que bien asentados, empezaron a llegar los de América, que se establecieron en San Florencio y Bastia.

Los detalles de la vida ordinaria en aquellas plazas se basan en los datos, a menudo sombríos, que aparecen en los diarios de los jesuitas Luengo, Tienda, Isla, Marcos Cano, Olcina, Paucke, Peramás etc. Admira el modo en que los expulsos lograron organizar, en circunstancias tan adversas, la vida comunitaria, el noviciado y los estudios. La escasez de víveres hizo difícil la organización de la subsistencia. En este contexto se explican las gestiones que hicieron con Paoli para que facilitara el comercio, así como los socorros de víveres que les enviaba el P. General, o la condesa de Acerra, hermana de los Padres José y Nicolás Pignatelli. Era conocida la fidelidad de éstos a su vocación. No lo era tanto la habilidad económica del P. José, el futuro santo, que organizó el pastoreo con bueyes para surtirse de carne, y una especie de almacén.

Junto a la actitud de fidelidad de la mayor parte de los jesuitas aparecen también las claudicaciones de los que cedieron a la presión de una situación sin esperanza. El embajador Cornejo comunicaba a Grimaldi desde Génova las noticias de las primeras deserciones, fugas, y secularizaciones de algunos jesuitas. Los ministros de Madrid favorecían aquellas secularizaciones, que, según ellos, minaban el fanatismo de los jesuitas y su unión con la Compañía. Por eso instaban al embajador en Roma, Azpuru, a que las promoviera. El tema de los jesuitas secularizados ha sido tratado últimamente en un buen trabajo de E. Giménez López y M. Martínez Gomis, publicado en *Hispania Sacra* 47 (1975) 421-469.

La estancia de los jesuitas en Córcega cesó en septiembre de 1768, a consecuencia de dos acontecimientos: la entrega de la isla a Francia, que motivó el envío de nuevas tropas francesas, que se instalaron en edificios ocupados por los jesuitas españoles, y la llegada de los jesuitas procedentes de América, que agravó las estrecheces que todos padecían. Comienzan entonces las incomodidades del último viaje marítimo de los expulsos. Cuando les negaban el permiso para desembarcar en las costas de Génova, un marinero francés le dijo al P. Olcina: «¿qué raza de gente tan maldita sois vosotros que nadie os quiere?». Por fin encontraron su destino final en ciudades de los Estados Pontificios: en Ferrara los de Aragón, Perú y México; en Bolonia los de Castilla y México; en Imola los



de Chile, en Faenza los de Paraguay, en Forli los de Toledo y en Rímmini los de Andalucía.

Al final de su interesante trabajo, Ferrer publica unos apéndices muy valiosos, con la lista nominal de todos los jesuitas desembarcados en Córcega, distribuidos por provincias y colegios, y de los novicios, los fallecidos y los secularizados.

Las dos últimas partes del libro se ocupan de los jesuitas de la antigua Provincia del Paraguay, que, en la época de la expulsión, abarcaba un territorio inmenso. Esta Provincia comprendía dos clases de instituciones: por una parte las 47 misiones o reducciones clásicas entre los indios Guaranés, Chiquitos y Chaco, y por otra unas veinte casas, al estilo de las de España (casi todas colegios) en varias ciudades de las actuales repúblicas de Argentina, Paraguay y Uruguay. El autor aborda la expulsión de los jesuitas en la doble faceta de aquella Provincia, basándose en dos fuentes de carácter muy distinto.

La segunda parte del libro se titula «Viaje y peripecia de los expulsos de América. El Colegio de Córdoba de Tucumán». En aquella ciudad se hallaba el corazón de la Provincia jesuítica del Paraguay, pues allí estaba la residencia del P. Provincial, el Colegio Máximo, el noviciado y un colegio internado. La fuente utilizada para contar el exilio de las comunidades de Córdoba es el diario que escribió el P. José Peramás, que fue gran humanista y profesor de moral en aquel Colegio Máximo. El relato de Peramás es interesantísimo, pues narra con todo lujo de detalles la larga odisea de sus compañeros desde Córdoba (12 de julio de 1767) hasta Bolonia (24 de septiembre de 1768). Fue un viaje épico por tierras y mares, a pie, en carretas, coches o cabalgaduras, en navíos distintos, siempre incómodos, pasando por calmas y tempestades o por detenciones desesperantes en puertos donde les prohibían desembarcar. Tuvieron que atravesar la Pampa argentina, pasar cinco meses encerrados en Puerto de Santa María, salir de Córcega a poco de haber llegado, y atravesar los pueblos de Génova y Parma hasta llegar a los Estados Pontificios. Peramás era un observador minucioso, de acerada pluma. Anota con gran precisión cronológica las etapas del viaje. Descubre con perspicacia el carácter de las personas. Traza descripciones costumbristas de los lugares por donde pasa, y pinta la angostura, fetidez y comida miserable de los barcos, con un realismo que recuerda la novela picaresca. Estos detalles hacen de su narración uno de los mejores relatos de viajes del siglo XVIII.

Peramás es un jesuita fiel a su vocación. Por eso brotan de su relato sentimientos de reprobación por la injusticia que padecen los jesuitas inocentes, y de desvío hacia los malcontentos que pedían la secularización. El último párrafo del diario transmite la fe que le animaba a soportar tantas penalidades: «aunque al presente nos veamos perseguidos del mundo y del infierno, desterrados de nuestras patrias, sin tener donde fijar el pie, aunque nos veamos, digo, al parecer, en tanta miseria, si seguimos a nuestro Redentor y Capitán Jesús en la perseguida madre de la Compañía, sin desistir ni volver atrás, *populus Sion habitabit in Jerusalem*». Ha sido un acierto del autor habernos ofrecido un resumen fiel del diario de Peramás, animado con la transcripción literal de los párrafos más destacados, y con la publicación de tres ricos apéndices con los nombres de los jesuitas de Córdoba, una breve descripción de las misiones, y la fábula de Nicolás, el supuesto rey del Paraguay.

La tercera parte del libro se ocupa de «La expulsión de los jesuitas de las Misiones del Paraguay, según fuentes diplomáticas francesas». El paralelismo entre la fuente



jesuítica (Peramás) y la fuente oficial antijesuítica (el embajador) no deja de ser iluminador. Para mejor comprensión de los textos, se hace una introducción sobre la ubicación de las misiones guaraníes, y sobre la personalidad del gobernador de Buenos Aires, Francisco Bucareli, que fue el ejecutor de la expulsión de los misioneros. Una de las primeras noticias que envía el embajador francés es la de un rumor sobre una posible inteligencia de los jesuitas de Paraguay con los ingleses. Esta noticia era falsa, pero dio pie a que algunos historiadores, como el P. José Hernández, sostuvieran la tesis de un complot o intervención de los masones para provocar la expulsión de la Compañía en Paraguay. Ferrer, gran masonólogo, afirma que esa tesis carece de fundamento.

Lo más interesante en esta tercera parte del libro es la transcripción, en el apéndice, de un extracto que hizo el fiscal Roda de la relación enviada por Bucareli. El gobernador organizó un ejército de 1.500 hombres con 184 carretas y 2.000 bueyes para expulsar a unos 80 jesuitas dispersos en 32 pueblos. Naturalmente, no hubo la menor resistencia, a pesar de que el gobernador describía la expedición como una campaña heroica. El relato de Bucareli-Roda interesa por el modo en que estos dos grandes enemigos de los jesuitas cuentan la historia. Afloran allí todos los tópicos al uso. La salida de los Padres significaba, según ellos, la liberación de los pobres indios, el fin de la tiranía jesuítica y el comienzo de una era feliz bajo un nuevo gobierno espiritual y temporal. De momento mandaron a los guaraníes unos curas que no conocían su lengua, y establecieron guarniciones con soldados. Opina Ferrer que Roda utilizó el informe de Bucareli, no exento de manipulación, como una justificación de la expulsión de los jesuitas; y añade que, teniendo en cuenta la abundante bibliografía actual sobre las misiones guaraníes, «da la sensación de que dicho informe estaba escrito exclusivamente para convencer y halagar a Carlos III de la bondad de su medida y de la malicia y maldad de los jesuitas». Sugiere, por último, que los burdos ataques de Roda, dejan entrever, indirectamente, la labor cultural, social y espiritual de aquellos misioneros.

Ha sido un acierto de Ferrer Benimeli esta estimable aportación histórica sobre la expulsión de la Compañía. Es una historia de acontecimientos, pura y dura, limpia y escueta, en la que los hechos son el mejor argumento.

M. Revuelta González

DÍAZ DE CERIO, F.: *Para la historia del reformismo español. G. Martínez y Riaguas, obispo de Astorga (1819-1824)*. Publicaciones del Instituto Español de Historia Eclesiástica. Monografías núm. 38. Iglesia Nacional Española. Roma 1996, 301 pp,

El autor de este libro es bien conocido por sus investigaciones asiduas en el Archivo Vaticano, que han fructificado en numerosas publicaciones de índices documentales, y por sus numerosos trabajos históricos, entre los que se destacan los que ha dedicado al estudio



de las ideologías de personajes y movimientos. Esta doble faceta aparece claramente en este libro, en el que se nos ofrece un amplio apéndice documental, precedido de un profundo análisis histórico sobre las ideas de un obispo español del siglo XIX, don Guillermo Martínez Riaguas. Nacido en 1785, fue nombrado obispo de Astorga en 1819, cuando tenía 34 años. Solamente pudo ejercer cinco años el ministerio episcopal, pues falleció prematuramente en 1824. Don Guillermo vivió su cargo episcopal en dos momentos muy difíciles: el Trienio constitucional, y los primeros tiempos de la reacción absolutista.

Es necesario precisar en qué sentido el autor califica a este obispo como reformista o representante del reformismo español. Los liberales de 1820 se consideraban reformistas como continuadores de la obra de las Cortes de Cádiz; y llamaban reforma eclesiástica a los cambios que introdujeron en aspectos importantes de la Iglesia española, como la supresión de religiosos o la incautación de bienes eclesiásticos. No es este el reformismo que aquí se atribuye al obispo de Astorga. Era reformista porque, en sus ideas y comportamientos, siguió una vía media entre la revolución liberal y el inmovilismo absolutista. Se le puede llamar constitucional, por admitir las reformas políticas del nuevo régimen; pero no se le puede considerar liberal, pues no admitía las reformas religiosas implantadas de manera unilateral por los liberales. Consciente, sin embargo, de que la Iglesia necesitaba reformas en muchos aspectos, admitía que tales reformas se realizasen de forma moderada y pacífica, mediante un acuerdo entre los dos poderes. Martínez Riaguas es un obispo casi desconocido en la historiografía porque no fue un obispo de relumbrón, como el acomodaticio cardenal Borbón, ni tuvo la aureola de obispo «perseguido» como Arias Teijeiro, ni debe situarse en el número excepcional de los obispos liberales, como Posada o González Vallejo. Por desgracia, la postura reformista del joven obispo, que significaba una actitud moderada y tolerante, despertó en unos y en otros la incompreensión y el olvido. ¿Podríamos ver en Martínez Riaguas a un representante prematuro de la tercera España, a uno de esos hombres frustrados que, por querer mediar entre los bandos contendientes, recibieron los disparos de los dos extremos?

El estudio de Díaz de Cerio sobre esta figura resulta por eso especialmente sugestivo. El autor nos va presentando cronológicamente las circunstancias en que el obispo asturicense reacciona ante las sucesivas situaciones políticas con las consiguientes implicaciones religiosas: la aceptación y juramento de la Constitución, la defensa de los religiosos y de otras instituciones eclesiásticas frente a las imposiciones de los liberales, y las desavenencias con el absolutismo restaurado. Fue desatendido por los liberales; mal entendido y aun calumniado por algunos eclesiásticos. La actitud que tuvo con él el Nuncio Giustiniani fue desacertada e injusta. Con motivo de una pastoral del obispo, escrita en los primeros momentos de optimismo constitucional (Carrizo, 16 de mayo de 1821) le acusó a Roma con meses de retraso, cuando la situación se había deteriorado, mezclando las acusaciones fuertes contra su doctrina con algunas alabanzas. «Hay momentos en que las expresiones del nuncio parecen sonar como una mezcla de odio y amor hacia ese obispo joven, obediente, ingenuo, inteligente» (p. 39).

Al restablecerse el absolutismo el obispo sufre la purga impuesta por las nuevas autoridades a los desafectos o sospechosos. El gobierno absolutista le acusa sin razones,



y le manda abandonar su diócesis. El obispo apela al rey. El Nuncio ofrece mediación, y ésta se acepta, pero a condición de que se imponga la renuncia al obispo. Es decir, condenándolo sin darle la posibilidad de defenderse. No llegó a verificarse aquella mediación, porque el joven obispo murió de una fiebre biliosa durante la visita pastoral en un pequeño pueblo de su diócesis. El Nuncio comunicó la noticia al Vaticano con estas palabras: «la muerte de este prelado, a quien por cierto, no se puede reprochar sino algún error involuntario, hijo de la inexperiencia juvenil, y que por otra parte tenía óptimas cualidades, me ha sido sensible; pero ha puesto término a la causa surgida entre él y el gobierno, que Su Majestad se había dignado pasar a mi mediación». La tardía declaración de inocencia y el elogio personal no llegaban a ocultar una mal disimulada sensación de alivio.

Después de narrar, con gran apoyo de documentos, los avatares y polémicas en los que intervino el obispo, el autor expone la ideología del mismo (capítulos XIV, XV y XVI). Las ideas de don Guillermo se basan en dos principios: el historicismo del poder absoluto del rey (de donde dimana la obligación de acomodarse y reformarse según las circunstancias); y la obligación de obedecer al rey (que descansa en dos bases: en el amor del rey al pueblo y también en la obligación que el mismo rey tiene de escuchar al pueblo que quiere cambios). De estos principios se deduce el derecho de los ciudadanos a participar en el gobierno mediante elecciones y la implantación de las reformas exigidas por los tiempos (un código para todos, representación nacional, independencia de la justicia, equidad en los impuestos, cambios legislativos etc.). En la política eclesiástica el obispo sostenía la doctrina clásica de la independencia y colaboración de los dos poderes.

En el amplio apéndice documental (p. 171-292) se publica una transcripción muy cuidada de 55 documentos, en su mayor parte del Archivo Secreto Vaticano (Nunciatura de Madrid, Secretaría de Estado, Procesos consistoriales) y de la Academia de la Historia. El autor justifica cumplidamente esta abundancia documental: «no hay nada comparable para comprender la historia como la fuente manante de los documentos mismos; basta, al comienzo, un poco de paciencia, que luego será recompensada gustosa y generosamente» (p. 9). Sigue un elenco de fuentes, por orden cronológico, con indicación de su contenido y su localización, que constituye una guía preciosa para trazar la biografía del obispo.

El autor ha quedado ganado por la figura del joven obispo de Astorga. Así aparece en la hermosa semblanza que hace en la introducción del libro: «...no fue un genio; pero fue quizá algo que pudo haber sido más valioso: un obispo que conocía bien las aspiraciones sociales de sus feligreses, un hombre moderado y amante de la armonía social que brota de la combinación de todas las fuerzas sociales»; «...la historia nos dice una verdad tremenda: que nadie le señaló un error, y que, sin embargo, lo condenaron sin querer oírle». El profesor Díaz de Cerio ha rescatado la figura histórica de un obispo reformista (*rara avis*) del siglo XIX.

M. Revuelta González



VILAR, Mar: *La Prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos (1823-1833)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1986, 272 pp.

La Universidad de Murcia ha tenido la sensatez de publicar lo que en su día fue la memoria de licenciatura elaborada por Mar Vilar, que ha sido capaz de sacar a la luz aspectos significativos de la relación de los gobiernos de Fernando VII con EE.UU. y con la América hispana, tanto la dependiente como la emancipada, básicamente a partir del estudio de la Prensa en español publicada en Norteamérica.

La autora no sólo se limita a caracterizar a las publicaciones sino que procura identificar las personas que las crearon, las sostuvieron y las difundieron. Además investiga la utilidad que tuvieron en la enseñanza del español. Estas fuentes hemerográficas son confrontadas con otras procedentes de diversos archivos y bibliotecas tanto españolas como norteamericanas, que le permiten no sólo estudiar la larga marcha de nuestra lengua para consolidarse como segundo idioma en lucha tenaz con el francés y con el alemán, y que aunque en el marco cronológico de la obra (1823-1833) siempre tuvo un papel subordinado en relación a aquellas, el esfuerzo de la generación de pioneros establecidos en EE.UU. es vital como acertadamente señala su autora, para entender la importancia del castellano en los lustros siguientes.

Mar centra la difusión del español en EE.UU. a partir de una reducida pero vigorosa colonia de emigrados: «...comerciantes, comisionistas, hombres de negocios y profesores asentados de antiguo en el país, muy conectados a la representación diplomática de España y, en general, afectos al régimen español, más por intereses (comercio con Cuba) que por convicciones, dado que éstos solían ser liberales. Otros eran españoles escapados de las independizadas repúblicas hispanoamericanas. A estos no tardaría en sumarse un crecido número de inmigrados iberoamericanos que buscaron refugio en los EE.UU. huyendo de las agitaciones políticas de sus respectivos países». A ellos se juntó la emigración hispano-cubana a partir de 1823 tras el fracaso del Trienio. En general eran gente de ideología republicano-democrática que habían idealizado a los EE.UU. como la patria de la suprema libertad, entre los cuáles el último ex-presidente de las Cortes Tomás Gener. Muchos de esos exilados encontraron trabajo como profesores de español. Aunque la mayoría de estos regresaron a España en el segundo semestre de 1833.

El primer periódico en español en EE.UU. fue *El Habanero. Papel Político. Científico y Literario*, publicado en Filadelfia primero y más tarde en Nueva York (1824-1826). Fundado por el sacerdote y diputado cubano Félix Varela que, tras el Trienio, se estableció en Filadelfia. Aunque del citado periódico apenas salieron seis números, tuvo una amplia difusión en Cuba, donde a pesar de su prohibición entraba clandestinamente. Sus textos se caracterizaron por exigir: la independencia de Cuba España y de respecto a los EE.UU.; la supresión de la esclavitud y la cooperación interamericana. Para contrarrestar estas tesis y crear en EE.UU. una opinión favorable al mantenimiento de las colonias y exigir la restitución de las que había perdido, surgió



otro periódico en Nueva York *El Redactor* (1827-1833), impulsado por el vizcaíno Juan de la Granja, que era financiado en gran parte por el Consulado de España. Su propaganda en favor de Fernando VII y las críticas a la América independiente eran su «leiv motiv» hasta el punto que «con frecuencia se ignora incluso la realidad de la existencia de esos estados, mencionándolos con las denominaciones que tenían en la época colonial: Nueva España por México; Nueva Granada y Costa Firme por Colombia y Venezuela, etc...».

Entre los anunciantes de *El Redactor* destacaba José Carrión, que tenía un instituto en Nueva York con alumnos internos y externos que, junto con las materias habituales de la época (aritmética, geometría, geografía, literatura...), enseñaba español, inglés y francés. También diversos colaboradores de *El Redactor* completaban su sueldo dando clases y traduciendo textos a nuestro idioma. Entre otros, el catalán Mariano Cubí y Soler, autor del primer diccionario de bolsillo inglés-español y el exilado liberal José Antonio Pizarro, catedrático de español en Yale.

Otro periódico en castellano fue el *Mercurio de Nueva York* (1828-1833). También financiado por el gobierno de Madrid, pero con unas tesis menos comprometidas y con ciertos visos de independencia tal y como señalaba su cabecera; «...pragmatismo, moderación y posibilismo, supeditando las consideraciones de origen ideológico a los intereses económicos o propiamente mercantiles. A su vez, y como queda dicho, dar mayor relevancia a los aspectos informativos y culturales respecto al debate político».

De entre los impulsores de la publicación destacaba el Dr. Lanuza –refiere la autora–, que a su vez era profesor de español en el New York Lyceum. Otro colaborador fue el gallego Carlos Rabadán, emigrado de España en 1823, que también compaginó sus colaboraciones en la prensa con la de profesor de español, siendo además autor en 1846 de un manual de español para anglófonos.

Las páginas del *Mercurio* le sirven también a Mar Vilar como fuente para reseñar las academias que enseñaban español en EE.UU.

Otro órgano de prensa lanzado por cubanos fue el *Mensajero Semanal* (1829-1831), impulsado por José Antonio Saco, un intelectual de valía que convirtió su periódico en un vehículo equidistante entre los conocimientos útiles, la cultura y el recreo, omitiendo contenidos de carácter ideológico para evitar que se censurase su distribución en Cuba, como había sucedido con *El Habanero*. Además, como señala la autora, este autor, desde su tribuna, «...desarrolló una encomiable labor como animador y orientador cultural, sobre todo en los campos de la literatura, la sociología y la economía política, pero no exclusivamente. Las cuestiones lingüísticas también centraron su interés. Singulamente las relacionadas con el español hablado en América».

También su obra ha atraído extraordinariamente mi interés porque es una mezcla de estudio pedagógico, lingüístico e histórico. Su desparpajo es poco usual en el manejo de las fuentes, de la bibliografía y de la metodología, que la hace capaz de iluminar no sólo la labor pionera de nuestros compatriotas en la difusión del español, sino también la labor de la monarquía para no perder su influencia en los EE.UU, dada la proyección que este país ya entonces tenía en la Hispanoamérica independiente, sobre los restos de nuestro imperio.



En resumen una obra pionera y meritoria para los interesados en el amplio campo de las Ciencias Sociales y de la Lingüística.

José Sánchez Cervelló

LA GRANJA SAINZ, José Luis de: *El nacionalismo vasco; un siglo de historia.* Tecnos. Madrid. 1995 201 pp.

El profesor de la Granja reúne en esta obra una serie de trabajos escritos en los últimos años, unos inéditos y otros aparecidos en actas de congresos, que se han revisado o refundido para su edición conjunta. Abarca dos tipos distintos de estudios. La introducción y el capítulo 1 son síntesis de la trayectoria del nacionalismo vasco desde sus orígenes en el siglo XIX, que proporcionan el marco cronológico de referencia para ubicar adecuadamente los restantes. Estos son análisis interpretativos de temas sectoriales y cuestiones relevantes, basados en investigaciones propias y con enfoques diversos: la historia del pensamiento (capítulo 2), la historia política (capítulos 3 y 4), la estasiología o parte de la ciencia política que estudia los partidos (capítulo 5) y la historia de la historiografía (capítulo 6).

El libro pivota en buena medida entre Sabino Arana y José Antonio de Aguirre, que encarnaron la tradición y la modernidad, el integrismo y la democracia cristiana, respectivamente, polos entre los cuáles ha fluctuado el PNV.

Se analiza así la evolución político-religiosa y sendas constantes históricas que contribuyen a explicar su arraigo popular en Euskadi. Por un lado, ha aunado tradicionalmente la pureza doctrinal sabiniana –identificada con el independentismo– con el pragmatismo de su acción política, volcada hacia el autonomismo dentro del Estado español. Por otra, el PNV se ha configurado desde una fecha temprana como un partido comunidad o movimiento interclasista Y ha constituido una microsociedad en el seno de la sociedad vasca, cuya cohesión ha radicado en el nacionalismo concebido como una religión política e impregnado del intenso catolicismo con el que le marcó su fundador. Como escribía Aguirre en 1933: «El PNV no es un partido político como otro cualquiera (...) es la patria vasca en marcha».

Desde su fundación hasta hoy el PNV ha constituido el tronco fundamental del movimiento nacionalista vasco, del que se han ido desgajando tres corrientes principales a lo largo del siglo XX: la radical (de Aberri a Herri Batasuna), la moderada (PNV) y la heterodoxa (de Acción Nacionalista Vasca a Euskadiko Ezkerra). Las tres coinciden con las diferentes trayectorias políticas de Sabino Arana.

De este modo, el nacionalismo vasco ha evolucionado desde su uniformidad en la Restauración, cuando sólo tenía una opción ideológica (el aranismo) y casi un único partido (el PNV) hasta una pluralidad mayor en la República, contando con una derecha

(PNV) y una izquierda (ANV), y sobre todo en el régimen actual al fragmentarse en varias organizaciones políticas: PNV, EE, HB, EA, Euskal Ezkerra... Hoy ya no cabe hablar de una sola comunidad nacionalista vasca, sino que existen dos, distanciadas cada vez más por el problema de la violencia y nucleadas en torno al PNV y a Herri Batasuna.

El sector mayoritario del nacionalismo vasco ha sido siempre el PNV, caracterizado por ser un híbrido de tradición y modernidad, de independentismo y autonomismo. La ambigüedad de su objetivo final ha acompañado constantemente a una praxis política legalista y moderada, tendente a conseguir la mayor autonomía posible para Euskadi dentro del Estado español, pero sin renunciar a construir un Estado vasco, que sitúa ahora en el marco de la Unión Europea. Del mismo modo, la adopción de la ideología demócrata-cristiana desde la época del exilio, relegando su integrista de la preguerra, no le ha llevado a revisar en profundidad su doctrina fundacional, el aranismo, pese a su obsolescencia en muchos aspectos. Quizás estas indefiniciones faciliten su configuración como un amplio movimiento social interclasista, aunque no eviten tensiones y conflictos internos.

Históricamente, ha habido siempre un nacionalismo vasco-radical e independentista, cuya lucha política se ha sustentado en la confrontación Euskadi/España. Una diferencia sustancial dentro de esta tendencia estriba en que los grupos radicales anteriores a la guerra civil (Aberri y *Jagi Jagi*) no tuvieron un carácter violento y sí, en cambio, desde la aparición de ETA en plena dictadura franquista hasta la actualidad. A partir de la transición este sector dispone de un movimiento de masas, Herri Batasuna, dotado de gran capacidad de movilización y de bastante fuerza electoral.

Frente a sendas opciones, se constata la debilidad histórica de un nacionalismo vasco de izquierda, republicano o socialista, autonomista y democrático, cuyos representantes han fracasado en las urnas por su escaso apoyo popular. ANV y EE. han sido partidos especializados que no han logrado formar en su derredor una comunidad, a diferencia del PNV y HB. Esta tercera vía es la única dentro del nacionalismo vasco que ha aprobado una Constitución española o ha renunciado explícitamente a la independencia. Pese a su importancia política y social, en la actualidad es evidente la inviabilidad de la pretensión de identificar al PNV con el pueblo vasco, ni siquiera con toda la comunidad nacionalista. La fractura abierta entre el nacionalismo moderado del PNV y EA y el *abertzalismo* radical de HB y KAS, hace que ya no quepa hablar de una única comunidad nacionalista vasca, sino de la configuración de dos comunidades nacionalistas nucleadas en torno al PNV y a Herri Batasuna. Se trata de las dos caras principales del nacionalismo vasco actual, que son los herederos de las dos grandes vías que ha tenido dicho movimiento en su historia centenaria.

El libro se cierra con una bibliografía básica sobre el nacionalismo vasco, en la que se han seleccionado cincuenta títulos publicados en el último cuarto de siglo, que reflejan un gran pluralismo historiográfico y una metodología multidisciplinar, pues son obras no sólo de historiadores sino también de antropólogos, sociólogos, politólogos y periodistas.

Pedro M^a Egea Bruno



RUIZ ABELLÁN, María Concepción: *Cultura y ocio en una ciudad de retaguardia durante la guerra Civil (Murcia. 1936-1939)*. Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia. 1993, 378 pp.

Análisis de la actitud de una ciudad española de la zona republicana ante aspectos cotidianos tan interesantes como el ocio, las diversiones, los entretenimientos, el cultivo del espíritu, la enseñanza, la lectura, la información y la propaganda de guerra. Cabe indicar, como valor añadido, la exploración de ese terreno en un espacio ayuno de tales estudios. Se emplea, para ello, fuentes hemerográficas, de las que se hace un vaciado exhaustivo.

La tesis central de la monografía sostiene que en Murcia no hubo rupturas con el pasado, sino readaptaciones. Una población «alegre y confiada», que quería olvidar los horrores de la guerra. Otros enclaves –también de retaguardia, Cartagena, en particular– tuvieron más dificultades.

No se interrumpió del todo la vida académica. Aunque la Universidad suspendió por entero su programación, e incluso el edificio se convirtió en un importante hospital de sangre, continuaron funcionando el Instituto de Segunda Enseñanza, la Escuela de Magisterio y el Conservatorio. La normalidad fue completa para la escuela primaria, superadas las trabas iniciales producidas por la dispersión de los maestros, muchos de ellos incorporados a filas.

Se organizaron, por ende, actividades complementarias y sustitutivas, como la Escuela de Instructores Culturales, las clases de adultos, la Escuela Popular de Capacitación Cultural, las Misiones Musicales o la labor realizada desde el Ateneo Libertario.

La prensa ocupó un lugar central en el ámbito cultural del núcleo urbano. Las viejas cabeceras –*El Liberal* o *El Tiempo*– serán pronto relevadas por los órganos de partidos y sindicatos, en concreto *Nuestra Lucha*, *Confederación* y *Unidad*. Unos y otros dedicarán significativa atención a subrayar la posición de los intelectuales ante el conflicto bélico, especialmente de Antonio Machado, Federico García Lorca, Unamuno, Ortega, Juan Ramón Jiménez, Benavente y el poeta de la tierra Vicente Medina.

La poesía popular, reproducida en aquellos medios, se convirtió en una poderosa arma de guerra. No sólo mantendrá la moral en los frentes y en la retaguardia, sino que servirá de instrumento ideológico. Autores muy conocidos y bastantes más que quedaron en el anonimato configuraron el *Romancero murciano de la Guerra Civil*.

El teatro fue una parcela bien atendida. El *Romea* funcionará sin cesar, incluidos los veranos. En su cartelera alternarán compañías profesionales con grupos de aficionados. A sus repertorios –serios y frívolos– se sumarán espectáculos de zarzuela, ópera flamenca –género de creciente aceptación– y variedades.

Será el cine la atracción de mayor seguimiento, alcanzando una gran difusión tanto los documentales de tipo bélico o político, entre las que sobresalió el titulado *Murcia*, como la producción soviética.

No menos relevancia tuvo la radio, si bien los programas se emitían en unos horarios limitados y de contenido muy restringido. Música e informativos, que se transmitían



desde Madrid, y posteriormente desde Valencia. A destacar, no obstante, la experiencia auspiciada por CNT-FAI y, la de más amplia proyección, desarrollada por el *Altavoz del Frente*.

Los festivales benéficos respuntaron la etapa, sobresaliendo la intervención de la FUE. Se ofrecieron así números de folclore, flamenco, teatro, verbenas, bailes y corridas de toros. A ello se unirá todo lo relacionado con el mundo del arte: exposiciones y actividades musicales.

Finalmente, suprimidas las conmemoraciones tradicionales, se erigieron otras de carácter estrictamente civil como la *Fiesta del Niño* y la *Semana de la URSS*, recibiendo una atención preferente el 1º de mayo y el 14 de abril.

Se nos presenta, en definitiva, un ajustado retrato de los referentes que ayudaron al sobrevivir cotidiano de los murcianos en unos años en los que se pasó de la esperanza a la amargura. Se rastrean entre las páginas otras preocupaciones: desde el hambre a la marcha de la guerra, desde el compromiso político de unos pocos al capear el temporal de los más, desde la conciencia del duro destino a las incomodidades temporales, desde la militancia en los grandes ideales a la indiferencia y las posturas camaleónicas. Como escribiría Antonio Machado «En los trances más duros los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo la compra con su sangre y no la mienta».

P. M.^a Egea Bruno

SANTACREU SOLER, J. M.: *Guerra i comerc exterior: la política comercial exterior republicana i el tràfic de mercaderies al districte marítim d'Alacant (1936-1939)*. Institut de Cultura «Juan Gil-Albert». Alacant. 1992, 204 pp.

El profesor Santacreu, especialista en problemas monetarios y económicos, aborda en la presente monografía la actividad comercial mantenida durante la Guerra Civil en el distrito marítimo de Alicante y particularmente en el puerto de esta ciudad. Viene a cubrir una ostensible laguna histórica, no obstante la publicación de la ya clásica *Política comercial de España (1931-1975)*, que examina sobre todo la llamada zona nacional. Por lo demás, frente a los casos catalán y vasco, contemplados por Bricall, Garmendia y González Portilla, el ámbito acotado constituye un marco decididamente idóneo, al mantenerse alejado de los frentes de batalla y quedar sujeto durante todo el conflicto al sistema administrativo organizado directamente por el gobierno central de la República.

Del planteamiento suscitado en el título se derivarán toda una serie de planos de análisis. Es primeramente un trabajo de historia legislativa; en segundo lugar aparece un enfoque de orden puramente estadístico; después un estudio de los comportamientos humanos frente a las leyes, el comercio y la producción de mercancías, y finalmente una



particular visión bélica al desentrañar su impacto sobre el nudo argumental. Se aportan además elementos de historia agraria e industrial, de las empresas, del clima, de los regadíos, etc, midiendo su repercusión sobre los intercambios. De la interconexión de todos estos puntos el autor llegará al fondo de las alteraciones habidas.

Durante la contienda se abrirá una fase de anormalidad absoluta para el comercio exterior, tanto en su funcionamiento como en la organización y sus resultados. La República restringió las exportaciones que consideró imprescindibles para la guerra y liberalizó las importaciones de todo lo que pudiera servir para sostener la lucha: armamentos, primeras materias, alimentos y otras partidas.

El sector fue sometido a un proceso de estatalización al objeto de satisfacer las necesidades materiales del ejército y de la población civil. Inicialmente se fiscalizó la política arancelaria y el control de cambios. A mediados de 1937 estas medidas se evidenciaron insuficientes y se adoptó una intervención más directa: creación de centrales de exportación e instalación fuera de las fronteras de agencias de compra-venta que gestionarán la casi totalidad de las operaciones. Ello traería consigo la inactividad de la mayoría de las casas privadas.

El distrito se adaptará a las perentoriedades abiertas y conseguirá mantener las transacciones recurriendo a barcos de diversos pabellones. Aumentaron las entradas de metales, carbón y trigo, y disminuyeron las salidas de productos industriales y de la agricultura comercial. Tales cambios no se debieron únicamente a la política estatal y a las acciones de guerra económica, también influyeron las transformaciones vividas en la comarca. La mayoría de las plantas abandonaron los pedidos foráneos para atender a la demanda castrense. No menos trascendencia cupo a la aclimatación, por razones estratégicas, de factorías militares, que darán lugar a una corriente de compra de primeras materias. De forma muy diferente se desarrolló el mundo campesino, obligado a abandonar los cultivos de exportación por la siembra de trigo, con resultados no muy positivos.

En definitiva, una excelente aproximación entre la historia local y la historia del Estado. En este sentido, las fuentes manejadas merecen ser resaltadas. Se han utilizado los fondos de más de una docena de archivos nacionales, provinciales y locales, entre los que se destacan los de la Aduana Principal de Alicante, del Banco de España, Ministerio de Hacienda y el General de la Administración. Las hemerográficas están igualmente representadas: nada menos que 24 cabeceras. A ello se suman publicaciones oficiales, memorias, folletos y una ajustada bibliografía.

P. M.^a Egea Bruno



LÓPEZ GARCÍA, Basilisa: *Aproximación a la historia de la HOAC (1946 - 1981)*. Prólogo de Alfonso Alcaide. Ediciones HOAC. Madrid. 1995, 387 pp. + fotografías (en texto).

La Hermandad Obrera del Acción Católica (HOAC) cuenta al fin con la objetiva y documentada monografía que bien merece una organización que tanto protagonismo asumió a partir de 1946 por su valiente y tenaz compromiso de defensa de los valores a un tiempo humanos, cristianos y democráticos contra la dictadura, y de cuyo seno emergería luego una parte sustantiva de los cuadros de otros movimientos oposicionales al franquismo, tanto los de signo político como los propiamente sindicales. CC.OO. incluida.

La HOAC fue acaso el movimiento apostólico más operativo e independiente surgido del seno de la Iglesia católica durante el primer franquismo. Hizo de la evangelización de la clase obrera su razón de ser, por hallarse este sector social descristianizado bajo los efectos de un abandono pastoral ya entonces centenario. Una evangelización que fue acompañada (no podía ser de otra forma) de la más valerosa defensa de los entonces conculcados derechos individuales y colectivos. Su fidelidad al Evangelio la llevaría a distanciarse de una jerarquía eclesial enfeudada al régimen, y también a la conformación de un modelo organizativo y a una presencia pública por encima de cualquier compromiso mediatizador. En consecuencia, rompió toda una tradición amarillista de las organizaciones católicas presentes en el Movimiento obrero.

Por todo ello la andadura de la HOAC es poco menos que la historia de un imposible. Su peculiar identidad, la novedad de su proyección obrerista independiente, su rechazo de todo compromiso espúreo fuera el que fuese, las presiones y desautorizaciones de un extenso sector del episcopado, la especial saña represora reservada por el régimen para estos católicos desafectos y protestatarios, la incomprensión y reticencias de otros sectores del Movimiento obrero, todo se conjuró contra una corriente católica identificada con la clase trabajadora, precisamente en el nombre de unos valores cristianos y evangélicos pospuestos a intereses nada espirituales por el nacional-catolicismo primero y más tarde por una Iglesia-institución anquilosada, ritualista y refractaria a toda sana autocrítica. En este sentido, y aparte de los objetivos que les eran propios, la HOAC fue en España un saludable movimiento de renovación pre-conciliar, y luego un firme soporte de la nueva andadura emprendida por el Vaticano II.

Basilisa López estructura su monografía en cinco capítulos. En el primero se hace un penetrante análisis de la coyuntura en que nace la HOAC en 1946 como instrumento de la jerarquía católica, la confrontación de este proyecto inicial con el intuído por Guillermo Rovirosa y los primeros militantes, la conformación de las bases formativas, organizativas y difusoras de la nueva asociación, y como resultado de todo ello el primer gran conflicto que enfrentó a la militancia con la jerarquía, crisis que condujo al apartamiento de Rovirosa y a la dimisión de Manuel Castañón, el primer presidente propiamente tal de la HOAC.



Un segundo capítulo incide sobre la presencia pública de la organización obrera católica en la sociedad española. El compromiso valiente e irrenunciable de los militantes hoacistas con la clase trabajadora en momentos de fuerte represión (1956 - 1966) representa en la memoria histórica de la organización su época más gloriosa, y desde luego corresponde con toda justicia a la HOAC en esta época una página reseñable en los fastos de la resistencia obrera al franquismo. El capítulo III, que cubre la etapa 1967 - 1974, se centra en el enfrentamiento HOAC episcopado en el marco de la crisis general de la Acción Católica Española (ACE), una crisis de la que sería trasunto dentro de la asociación obrera de referencia serios problemas de identidad suscitados en esta época, llamados a culminar en una quiebra organizativa. La asociación, rota y diezmada en sus efectivos, comenzaría a salir de este marasmo, no sin dificultades, en la I Asamblea Nacional (11 agosto 1874), que la situó en el buen camino de la reconstrucción y el rescate de su identidad. Ello tenía lugar en un clima de creciente libertad que permitió por entonces la legalización de partidos y sindicatos. Las sucesivas Asambleas Generales marcaron nuevos hitos de la renaciente HOAC, tanto en su afirmación interna como en cuanto a su proyección pública. La obra concluye en 1981, en que la V Asamblea cierra definitivamente la fase crítica abierta a finales de los años sesenta, iniciando ahora una nueva y esperanzadora andadura.

Nos hallamos en suma ante un riguroso y honesto esfuerzo investigador, en que se ofrece al lector una visión *desde dentro* de uno de los más emergentes y angulares capítulos en la historia de nuestro Movimiento obrero más reciente. Trabajo irreprochable desde el punto de vista metodológico, como realizado por una historiadora avezada y con oficio, y sólidamente fundamentado en un formidable elenco de fuentes inéditas, impresas y orales, es sobre todo el testimonio objetivo, pero también gallardo y vibrante, de una militante de base, de una cristiana combatiente por la libertad.

Un selecto cuerpo de apéndices documentales, y varios índices de siglas, fuentes manuscritas, impresas, hemerográficas y bibliográficas, tablas y entrevistas realizadas, enriquecen y facilitan el manejo de esta densa y clarificadora monografía.

J. B. Vilar

SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep: *La revolución portuguesa y su influencia en la transición española (1961-1976)*, Ed. Nerea, Madrid, 1995. 377 pp.

Es tan normal que los autores extranjeros escriban la historia de España, como raro que los españoles trabajen la extranjera, aunque sea tan próxima como la de Portugal. Costumbre que se rompe en este libro, cuya edición portuguesa de 1993 fue todo un éxito, mientras la española aparece con dos años largos de retraso.

La obra se presta a varias lecturas y permite conocer el último salazarismo —con sus

dificultades peninsulares y coloniales, descomposición y crisis— así como la transición posterior. En Portugal, la marcha desde el salazarismo a la democracia ha sido parcialmente enmascarada por la voluntad de restar protagonismo a quienes hundieron la dictadura: los militares jóvenes. Un colectivo que evolucionó desde el malestar profesional hasta la conspiración, derribó el salazarismo, encuadró diversas opciones políticas en 1974-1975, y protagonizó un capítulo del militarismo progresista que, entre otros, ha contado con personajes tan dispares como Prim, Mustafá Kemal, Nasser o Velasco Alvarado. En España, el 25 de abril y sus consecuencias apasionaron inicialmente a la opinión hasta pasar a segundo plano a consecuencia de la muerte de Franco y de la Transición. Hoy, la *Revolução* de 1974 es, aquí, una gran desconocida, a pesar de cuanto influyó en la realidad española, antes y después de morir el dictador.

Sánchez Cervelló, gracias a su amistad con militares de la *Revolução*, ha accedido a documentos, testimonios orales y fuentes de información que le permiten desentrañar numerosas incógnitas de la *revolución de los claveles* y de los vertiginosos procesos que la siguieron. El resultado es un libro con dos terceras partes dedicadas Portugal y otra referida a España. El texto permite comparar los finales de ambas dictaduras, cuyas trayectorias y desenlaces fueron bien distintos, la portuguesa hundida por un cuartelazo, la española consumida en una cama de hospital.

A pesar de todas sus diferencias, la permanencia en el tiempo y la proximidad geográfica relacionaron ambos regímenes, cuyos procesos distintos condujeron a resultados semejantes. No por ello, las transiciones portuguesa y española resultaron similares y amigables sino que hasta se enfrentaron en algún caso.

Ya habían sido diferentes sus puntos de partida. El régimen de «*Sostiene Pereira*» resultaba un juego frente al *Glorioso Movimiento Nacional*. Portugal y España estaban acostumbrados a vivir de espaldas y la instauración del autoritarismo no incrementó su vida en común ni produjo grandes semejanzas públicas. Durante la Segunda Guerra Mundial, el salazarismo fue aliado de Inglaterra y luego permitió ligeras apariencias de libertad política; en cambio el franquismo colaboró con el Eje y jamás toleró veleidades de la opinión. Tampoco sus ejércitos se parecieron mucho y el portugués, menos servidor de la política e integrado en la OTAN, resultó más moderno y tecnificado. En vísperas de la crisis, muchos militares lusos achacaban al régimen las desgracias coloniales, en cambio, la mayoría de sus colegas españoles se alineaban con los *inasequibles al desaliento*.

El autor, como historiador profesional, se distancia de dos fenómenos recientes: la oleada de publicaciones empeñadas en fabricarle padres a la Transición española y los comentarios a la muerte del general Gutiérrez Mellado, enmarañados en tópicos de urgencia. Con mayor dedicación a la historia portuguesa, la obra permite aproximarse a la crisis de ambas dictaduras, a las relaciones entre los respectivos poderes civiles y militares y a la marcha hacia un sistema democrático de predominio civil.

Gabriel Cardona



PAREDES, Javier: *FÉLIX HUARTE, 1896-1971. Un luchador enamorado de Navarra.* Editorial Ariel. Barcelona. 1997, 508 pp.

«Biografía» –como señala Javier Paredes– es reconstruir al personaje con los trazos de su alma que el olvido rompió en mil pedazos. Restaurar la persona con todos los fragmentos por pequeños que éstos sean, porque hasta las esquirlas del alma de la infancia tienen vida, y sin ellas no se entiende el todo indivisible de esa persona. Y «biografía», desde luego, es remodelar a alguien bien concreto para que viva para siempre en la historia de su tiempo y de su espacio».

No cabe duda de que el estudio que comentamos es un fiel reflejo de lo anotado. Pero aún excede ese ámbito para convertirse en una reflexión histórica del período abordado. Al hilo de la ejecutoria de Félix Huarte salen a relucir el entorno social, económico y político de la Navarra y la España del momento. De este modo se puede entender la situación del protagonista, cuya presentación en el escenario de la historia exige unos decorados; el libro mayor al que se refería Pabón, imprescindible para entender el libro menor, la vida de todo biografiado.

Estamos ante un minucioso trabajo de investigación, levantado –fundamentalmente– sobre fuentes inéditas y orales: «... después de varios años en los que leídos todos los papeles de Félix Huarte hasta por los bordes...» / He leído miles de cartas de su archivo y he conversado muchas horas con las personas que le trataron...». Un material sabiamente utilizado, con continuas inclusiones de largas citas que contribuyen a perfilar todas las aristas del retratado.

La obra se articula en dos partes bien definidas pero interactuantes, de modo que no hay compartimentos estancos: *Félix Huarte. El empresario y la reforma de Navarra desde la Diputación.*

De sendos análisis se extrae la hondura del ilustre navarro. De humilde cuna –hijo de un carpintero–, erigió una de las fortunas más sobresalientes de España. Por necesidades económicas se incorporó al trabajo tras concluir los estudios primarios. Careció, por tanto, de un título académico. Es, en definitiva, el arquetipo de hombre hecho a sí mismo partiendo de la nada.

Empresario de la construcción, se aplicó a toda la vastísima gama de la edificación: desde bloques de viviendas familiares a centrales nucleares, fábricas, instalaciones deportivas, además de puentes, carreteras, puertos y aeropuertos, sanatorios, universidades y un largo etcétera. El éxito obtenido le permitió montar un potente grupo industrial –unas 70 firmas agrupadas en cinco grandes sectores: transformaciones, metálicas, construcción, papel, servicios y alimentación– y revestirse de méritos para convertirse en la primera autoridad de Navarra.

Su iniciativa privada contribuirá de manera decisiva a la modernización del viejo reino; y ese esfuerzo se vio continuado, a partir de la primavera de 1964, desde la esfera oficial, al ser investido vicepresidente de la Diputación Foral. Es esta una de las claves de su personalidad: «... sin su navarrismo no se entiende ni su vida ni sus



realizaciones...». Las empresas del Grupo Huarte estaban localizadas la mayoría de ellas en esta provincia, de ahí el importante papel que desempeñó en su modernización.

Un segundo rasgo es la impronta personal que supo imprimir a todos sus proyectos. Es un genuino director de hombres y posee una sorprendente capacidad para despertar lealtades a su alrededor. Sobre ello, albergará una gran preocupación por ofrecer soluciones satisfactorias a las cuestiones laborales acordes con la justicia, las leyes y la doctrina social de la Iglesia. Es un hombre profundamente religioso.

La incorporación de Huarte a la política es el segundo gran apartado del libro. A finales de la década de los cincuenta ha delegado en sus hijos las tareas ejecutivas de sus empresas. Le es entonces materialmente posible centrar sus esfuerzos y su dedicación en otras tareas.

Se abordan los motivos de la decisión, descubriendo sus razones personales, las presiones de amigos y la fuerza de las circunstancias. Se analizan sus ideas políticas, contemplando sus relaciones con los ambientes oficiales de Madrid y de Navarra, las vinculaciones de sus familiares más cercanos con estos mismos ambientes; los estratos primeros de su formación cultural y humana, su sentido personal de la religión católica, sus principios de acción empresarial y sus consiguientes manifestaciones en su modo de entender la política.

Finalmente, la propia y concreta gestión de Huarte como dirigente político. Aquí es importante distinguir dos tipos de cuestiones. Las primeras tienen una estrecha relación con lo que habitualmente se entiende como lucha política. Se explican, por tanto, las líneas de actuación de los grupos políticos navarros en la Diputación durante su vicepresidencia; los procesos electorales en esos mismos años —con sus preparaciones, programas, alianzas, tácticas, posibilidades, campañas, resultados, etc.— y las gestiones ante el gobierno madrileño para la renovación del Convenio de 1969. Las últimas se refieren directamente a la acción de la Diputación en lo que es más específico de su actuación: la puesta en marcha del Programa de Desarrollo de Navarra. Todo ello quizá se entienda con más nitidez al hilo de los elementos que mejor lo definen: vivencia intensa del catolicismo, sentido foral y configuración mental tradicionalista.

Como decíamos al principio, la aportación de Javier Paredes supera con mucho los límites de una biografía. Páginas de la historia de España escritas desde la perspectiva de la empresa privada. Su lucha, sus frustraciones y su forzado cobijo a la sombra del Estado. Tan ajustada monografía se aquilata, además, con la inclusión de una cronología y un índice onomástico que ayudan a manejar el denso original.

Pedro M.^a Egea Bruno



COLINO SUEIRAS, José (dir.): *Estructura económica de la región de Murcia*. Ed. Civitas. Madrid. 1993, 816 pp.

Tercer y definitivo intento de aproximación global a la estructura económica de la región de Murcia. El primero –de alcance muy limitado– se materializó en la revista *Áreas*, número 8, 1987. Superior entidad tuvo la segunda experiencia: *Papeles de Economía Española. Economía de las Comunidades Autónomas*, Murcia, 1987.

En este postrer eslabón del gradual acercamiento a la realidad suscitada han colaborado 47 investigadores, miembros –en su práctica totalidad– de la comunidad universitaria, aunque se notan algunas ausencias.

Se nos ofrece un total de 26 estudios, agrupados por núcleos temáticos en cinco secciones. La primera aborba la imprescindible perspectiva histórica, aunque su interés es muy desigual. En los capítulos 1 y 2 se traza una breve sistematización del crecimiento murciano durante el período contemporáneo (1780-1931) y (1940-1970), que promete más que ofrece. Si en el primer tramo se sobrescriben y extrapolan conclusiones, el segundo está presidido por el recurso a la contextualización, como se infiere de la forzada cronología adoptada.

Mayor calado conlleva *la evolución de la estructura productiva (1971-1987)*, donde se contemplan las claves para una mejor comprensión de la situación actual. Otro tanto cabe decir del *proceso de recuperación y el desencadenamiento de la crisis actual (1985-1992)*, que presenta un ajustado balance de los principales hechos económicos y realiza una comparación entre el inicio y el final de la etapa.

La sección II está consagrada a los *factores de crecimiento*, incidiéndose en la minería, los recursos hídricos, la población, los recursos humanos, la cultura empresarial e innovación tecnológica y la infraestructura de transportes. A destacar las aportaciones sobre población y territorio, de Bel Adell y Gómez Fayrén, y la del último capítulo de Fuentes Zorita y Serrano Martínez.

El *análisis del sistema productivo* se corresponde con la sección III, que constituye el eje central del libro. Se acometen aspectos esenciales como la *caracterización de la estructura productiva*, partiendo de las tablas *input-output* de Murcia para el año 1987; la *composición productiva y eficacia en el sector agrario*, excelente contribución del profesor Colino; la *construcción: evolución reciente del sector residencial*, que examina el ciclo comprendido entre mediados de los ochenta y comienzos de los noventa; *la industria ante el Mercado Único Europeo*, uno de sus retos históricos dada su inadecuación a los nuevos patrones de evolución; *la distribución comercial*, que desentraña el comportamiento de compra del consumidor murciano, y el *sector turístico*, circunscrito a la costa, dada la escasa relevancia que todavía presenta el interior.

La financiación de la economía nuclea la sección IV. Sobresale el documentado epígrafe dedicado al *sector financiero*, que pone al descubierto tanto sus debilidades –coeficiente de solvencia– como sus positivas transformaciones. De igual valor es el *análisis económico-financiero de la empresa privada*, en el que se utilizan con



morosidad los datos suministrados por la Central de Balances del Banco de España en los ejercicios de 1982-83 a 1989-90.

Se concluye con un denso apartado dedicado a los *aspectos institucionales y distributivos*. Se introducen *aquí el gasto público autonómico*, que expone las prioridades y características más sobresalientes de la actuación del gobierno regional durante los años 1986-1991; *el sector público local*, que pasa revista a la estructura, desarrollo y magnitud de los entes territoriales; *el sistema sanitario*, que, tras un meritorio alarde metodológico, constituye una comunicación polémica al considerar la sanidad como cualquier otro sector de servicios; *el mercado de trabajo*, que detalla los rasgos inherentes al empleo, la población activa y el paro; *Distribución intrarregional de la renta*, que estima la Renta Familiar Disponible Municipal para 1987 y 1991; *Composición y dinámica del comercio internacional*, que repasa los grados de competitividad y de especialización de los sectores exportadores murcianos en relación a la Comunidad Europea. Finalmente, *Comercio exterior y crecimiento económico*, que saca a la luz el papel relevante que juega la variable exportación en el crecimiento de la economía murciana durante la década de los ochenta.

La relación expuesta da idea de la exhaustividad de la monografía. Una obra sólidamente construida –interpretaciones aparte– desde el rigor. De ello dan fe las fuentes manejadas, el tratamiento bibliográfico y la inclusión de 324 cuadros estadísticos y 111 gráficas.

Coordinar una empresa de semejante envergadura es siempre tarea difícil. Con todo, en el caso que nos ocupa, se han logrado superar con éxito la falta de unidad y dispersión que presiden los escritos colectivos. Tal vez las introducciones y conclusiones de los capítulos sean un punto que merezcan reflexión, por las reiteraciones y lugares comunes advertidas en las primeras y la alicorta proyección de algunas de las segundas.

P. M.^a Egea Bruno

